

# *Nuevos escenarios, viejos rituales.*

## *Los «ultras» del fútbol*

María Teresa ADÁN REVILLA

Departamento de Filosofía. Universidad de Salamanca

Desde hace varias décadas, en los fondos de los campos de fútbol europeos tienen lugar manifestaciones en las que se produce concordancia de medios múltiples: canción, coreografía, movimientos de masa, etc., es decir, rituales. Si entendemos la sociedad como un proceso y no como un estado, debemos pensar *no en los rituales como operaciones de la sociedad sobre sí misma y sobre sus miembros, sino en grupos de individuos ejecutando rituales, es decir, viviendo dramas sociales y jugando al juego social.* En este sentido, el ritual es, además de expresivo, socialmente eficaz, pues pone en juego a los grupos sociales constituidos para redefinir el estado de las relaciones en curso, así como las fronteras sociales entre los grupos y las instituciones.

Distintos autores argumentan a favor de la acción social como solución de problemas. Esta puede estudiarse como un drama en el que analizar la escena, la acción y el actor. En este modelo dramático, a favor del cual se muestra Harrè (1982, 202 y ss.), el actor observará distintas técnicas de presentación social de sí mismo, mediante un estilo y vestuario en el que resaltará la identidad social frente a la individual, y desarrollará la acción en un escenario. El modelo dramático es, como pretendo demostrar en este trabajo, mediante el estudio de algunos de los rituales seguidos por los llamados «ultras», también aplicable al contexto del fútbol.

### **Los actores**

La carrera de un integrante de un grupo «ultra» está ligada a su adscripción a un club y a su afición al fútbol —se excluyen otros deportes. Su historial como aficionado comienza como el de cualquier seguidor, es decir, por tradición

familiar, influencia de los amigos, etc., hasta que se integra en el grupo. Y termina cuando, tras encontrar trabajo y afectos fijos, se reincorpora nuevamente a la hinchada normal. Su paso por el grupo se caracteriza por una filia fanática, compartida por otros jóvenes, por el equipo de fútbol.

Estos aficionados han adoptado una forma muy particular de seguir los avatares de su equipo, en torno al cual van a girar las actividades del grupo «ultra» y, por tanto, de sus miembros. Para un componente del grupo Yomus (Valencia), «la Grada Joven busca cambiar hábitos y, sobre todo, busca implantar una nueva filosofía en las antiguas y desfasadas graderías. Transformar lo caduco por lo espectacular es el mayor reto de los jóvenes «ultras»». Cuando el «ultra» se integra en el grupo, debe participar en la vida social del mismo, lo que implica cambiar sus hábitos de aficionado: debe acudir con antelación a los partidos (aunque no tenga responsabilidades en la colocación de pancartas o venta de material), asistir a las reuniones convocadas por la sección a la que pertenezca, comprar el material que el grupo edita, o adquirir la vestimenta «ultra» y «estar al día» en ella. El Frente Atlético (Atlético de Madrid) instruye a sus integrantes sobre la vestimenta:

«[un periodista] nos llama “los hombres de naranja” cuando se refiere a nosotros por la radio. Por eso es muy importante que todo el mundo se dé la vuelta a la [cazadora] “bomber” y se la ponga por el lado naranja, para que se siga fijando en nosotros»<sup>1</sup>.

El «ultra» está, asimismo, obligado a colaborar en la realización de la coreografía o «tifo» prevista para el partido (que según los «ultras» tiene como objetivo «montar un infierno en el fondo y apabullar al contrario»), aunque como aficionados le parezca excesivo, por ejemplo, encender bengalas. Además, un buen «ultra» acude a todos o casi todos los desplazamientos que se organizan: más que indicativos de fidelidad y lealtad al club, los desplazamientos sirven, según los «ultras», para conocerse entre todos, inventar cánticos, estar en compañía de los demás y pasarlo bien.

## El escenario

A la hora de explicar el fenómeno de los «supporters» o «ultras» del fútbol, algunos sociólogos del deporte y antropólogos sociales sostienen que los jóvenes aficionados son una nueva versión del pandillismo adolescente aglutinado en

---

1. En *Super Atleti*, año III, nº 7, p. 4.

torno a ese acontecimiento social que es el fútbol. La organización de los grupos de hinchas es similar a la de las pandillas callejeras de barrio: primitivismo tribal, estructura jerarquizada, normas y modelo de comportamiento específico, y reparto interno de funciones. Por ejemplo, Clarke mantiene una teoría sobre «estilos subculturales»: para este autor, los jóvenes han desarrollado en los últimos años diferentes estilos «urbanos» que son usados como medios de pertenencia a subculturas diferentes. Con el fin de intervenir simbólicamente en la sociedad resaltando esos aspectos diferenciales, forman grupos de aficionados en los que solamente aquellos que son como ellos, los de su propia «tribu», tienen cabida (García Ferrando, 227). Las pandillas callejeras o tribus urbanas tienen su origen en las peleas entre «mods», «teddy boys» y «rockers» que se desarrollan hacia 1950 en Gran Bretaña, a las que siguieron las protagonizadas por otras tribus como «heavies», «punkies», «skinheads» o «casuals». Para tales pandillas, estas peleas tenían como objetivo defender lo que a los ojos de sus jóvenes integrantes era un modo de vida diferente y, por tanto, mejor, que el de la otra tribu. Esta diferencia se manifestaba en una serie de rasgos distintivos propios, como la vestimenta, la música o el lenguaje, mientras que la supremacía lo hacía por el dominio sobre un territorio.

Parece innegable que el sentimiento tribal dicta, en gran parte, las reglas del juego humano. La especie humana es una sociedad dividida en tribus que compiten, rivalizan y luchan entre sí. La tesis fundamental de Maffesoli es que la sociedad postmoderna vive un proceso de tribalización compatible con el desarrollo tecnológico, de forma que lo que sería característico a nuestro tiempo es el tribalismo y no el individualismo o el nacionalismo. Según esta tesis, el individuo busca su identidad en los aspectos afectivos y gregarios de la pertenencia a la tribu: el individuo, fuera de la tribu, se siente perdido, no es nada. Este fenómeno es particularmente notorio en la juventud.

Aunque deporte y/o espectáculo en apariencia, el fútbol viene a ser esencialmente un fenómeno tribal, una contienda y celebración tribales, que consume la necesidad que tiene una tribu de medirse con otra, y de ver a la otra tribu humillada y vencida. Para el aficionado que se identifica o proyecta en el equipo, cada victoria o derrota es sentida como propia porque la identificación que se ha hecho con él sirve para afirmar la pertenencia del hincha a un determinado grupo, a la vez que colabora para que el equipo no pierda la capacidad de representación de su comunidad. Es así porque «el juego es una lucha por algo o una representación de algo. Estas dos funciones pueden unirse también de tal modo que el juego «representa» una lucha o constituye una competencia para establecer quién representa mejor tal o cual cosa» (Huizinga, 28).

El escenario en el que tiene lugar esta contienda, en forma de «batallas»

coreográficas o corales, es el estadio. Pero en sus inmediaciones el actor puede comenzar a desarrollar su papel en el «drama» social con la reunión de los «ultras» y el posterior cortejo camino del campo de juego.

Con anterioridad al encuentro, se celebra la *reunión* de los «ultras» en algún punto cercano al estadio, generalmente un bar al que denominan «bodega», en el que se celebrará la primera toma de contacto con sus correligionarios y ocasionalmente con los rivales. Por ejemplo, los integrantes de Brigadas Azules (Oviedo) se reunieron ocho horas antes de que comenzara el primer partido de competición europea disputado por el club en su historia

«en ronda etílico—deportiva por todos los bares pidiendo «aguinaldo» etílico—uefero (o sea, privando por la cara con el cuento de que somos «supporters» del Oviedo). Cuantos más vayamos, mejor lo pasaremos»<sup>2</sup>.

Los «ultras» que no ostentan responsabilidades comentan y beben en la «bodega» o sus inmediaciones antes de acudir al partido, mientras que los encargados atienden a sus funciones: entrar en el estadio vacío a colocar las pancartas, vender el material, etc. Generalmente, durante las horas que anteceden al partido, los «ultras» locales pululan entre el puesto de venta instalado junto al estadio y la «bodega», si es que no está teniendo lugar alguna escaramuza con los rivales, porque entonces la atención se desvía hacia ese punto.

Cuando se ha congregado un gran número de «ultras», se hace un *cortejo*: partiendo del punto de reunión, se camina en masa hacia el cercano estadio. El cortejo es más evidente con motivo de los desplazamientos: al frente de la marcha, los «ultras» llevan la pancarta—insignia que colocarán en el estadio, detrás de la cual camina el resto del grupo presentando cierta uniformidad en la vestimenta. En este cortejo son «ayudados» por la Policía que los «marca» estrechamente, cortando el tráfico de la zona y no permitiendo que ningún «ultra» salga del grupo. Con esta medida se trata de evitar las peleas y escaramuzas con el grupo local que les está esperando —«manifestación de bienvenida»—, lo que no impide el ataque dialéctico del grupo (mientras se dirigen hacia el estadio, los «ultras» entonan cánticos alusivos y despreciativos hacia el rival) o bien el personal de dos «ultras» rivales que, influidos por el ambiente bélico, se «citan» en un lugar y tiempo concretos («A la salida nos vemos, puerta 42») para decirse «eso mismo en la cara», sin que medie la Policía. No siempre se acude a la «cita» excepto cuando los «ultras» en cuestión se conocen de una escaramuza anterior. En este sentido, dice Harrè, quizá un altercado futbolístico sea un ritual puesto que son más numerosos los gestos y amenazas que el daño físico (1987, 58).

2. En *Brigadas Azules*, año 3, nº 41, 14 Sept. 1991, p. 9.

En relación al escenario, se crean tensiones por un sentido de propiedad de los espacios y tiempos que conduce a considerar la intrusión como violación del mismo (Harrè, 1982, 202). Un miembro del grupo Ultras Sur (Real Madrid) habla de su estadio en términos de «nuestro santuario», y considera que ha de conservarse limpio de seguidores de otros equipos, pero, fundamentalmente, de sus «ultras», es decir, de la otra familia de su mismo nivel. Para prevenir una incursión rival en su territorio, los «ultras» advierten con antelación el peligro que corren los contrarios:

«Atención, declaramos Zona Nacional el Santiago Bernabéu. Prohibida la entrada a grupos «ultras» españoles o de otras naciones del mundo «ultra», especialmente catalanes y vascos. ¡No nos gustaría hacerlo!»<sup>3</sup>.

Pero cuando la invasión se produce, los «ultras» pueden llegar a adoptar medidas de fuerza. Por ejemplo, miembros de Ultras Sur dicen que sólo responden violentamente a la provocaciones de los contrarios, pero entienden por «provocar» que en su campo se agiten banderas que no sean las del club o se anime a otro equipo que no sea el Real Madrid. Ante un hecho semejante, los «ultras», apuntando con el dedo en dirección a la grada ocupada por la hinchada rival, gritan : «A la salida os vamos a matar». Con esta frase se declara, supuestamente, la «guerra» al seguidor contrario. En realidad, la amenaza puede hacerle callar —y entonces a la salida no se produce altercado alguno— o bien continuar animando a su equipo aún con más fuerza. Esto último se produce, fundamentalmente, si se trata del grupo «ultra» rival —no de simples seguidores— que ha acudido con ganas de «pelea»; con esta actitud los «ultras» locales considerarán inadmisibile la situación y, a la salida, se declarará la «caza» del contrario.

Dentro del estadio, los «ultras» se ubican en las gradas de fondo. Este es un lugar incómodo (zona de pie, mala visibilidad) pero «ser «ultra» no es ir al fútbol a estar sentado» ya que «el verdadero «ultra» ve el fútbol de pie y en las condiciones más espartanas posibles». El que quiera comodidad, dicen los «ultras», «que acudan a tribuna o vea el partido por televisión». Un «ultrasur» comentaba con sorna el caso de sus vecinos y rivales del Frente Atlético, grupo que ocupa un fondo con asientos, cuyas reuniones producen el efecto de ser «un congreso de niños exploradores o una excursión de la escuela».

Con el fin de que no haya equívocos en relación al escenario, los «ultras» demarcan su territorio con pancartas y banderas, que colocan sobre las vallas por delante y por encima de ellos. Con el tiempo, su número ha crecido espec-

3. En *Ultras*, nº 3, Abril 1986, p. 16.

tacularmente y los símbolos utilizados se han diversificado: debido a la inflexión producida, de la inicial simbología «heavy» —calaveras, frases escritas en letras góticas—, se ha pasado a utilizar símbolos de extrema derecha —cruces célticas y esvásticas. Se han mantenido las clásicas calaveras y las banderas británicas, o las referencias a cuestiones puntuales (dar ánimo a un jugador en horas bajas, solicitar el apoyo de toda la afición en los momentos difíciles, etc.), además de las banderas de los países de origen de los jugadores extranjeros del equipo. Por sus características, las pancartas y banderas se convirtieron rápidamente en emblema del grupo, así como en preciado «trofeo de caza» por parte del grupo rival. El grupo Ultra Boys (Sporting de Gijón) comentaba en un «fanzine» que la pancarta de su grupo «cazada» por los Ultras Sur, no era «un «trofeo de guerra», sino una putada que algún día pagaran». Ultra Boys logró recuperarla una semana más tarde, cuando ya había sido exhibida en el Bernabéu, utilizando medidas de presión y «gracias a unos colegas de ese grupo [Ultras Sur]»<sup>4</sup>

## La acción

Marsh sostiene la tesis de que los aficionados al fútbol siguen un ritual. Tras analizar los gestos, ritos, canciones y comportamiento en general de los seguidores, concluye que la función esencial de todo ello es afirmar la pertenencia significativa a «microculturas» que los diferencia de la amorfa «cultura unitaria» de la sociedad. Esa función esencial es el «aggro», universal en todas las sociedades al ser un modo de ritualizar y de sublimar conflictos reales, una forma domesticada de combate simbólico. El «aggro» no es un fenómeno nuevo, sino un mero desplazamiento de las peleas rituales de un escenario a otro, al estadio y sus alrededores: por tanto, el fútbol es la ocasión y no la causa del «aggro». Este término fue adoptado por Marsh para denominar aquello a lo que los seguidores se dedican, pues identifica la clase de «lucha» ritualizada que caracteriza las demostraciones típicas de los campos de fútbol desde hace décadas.

Minutos antes del comienzo del partido, el fondo del estadio que los «ultras» ocupan se encuentra ya revestido con sus emblemas y cada uno de los hinchas toma su puesto en la grada. Aquellos que no acuden con asiduidad al estadio entran los primeros en el fondo, mientras que los encargados del material y los cabecillas del grupo lo hacen los últimos. Para estos es igualmente importante el partido que disputará su equipo, pero no exclusivamente por el resultado

---

4. En *Ultras*, nº 9, Mayo-Julio 1987, p. 16.

deportivo, que es lo que fundamentalmente preocupa a los primeros, sino también por el que obtengan como grupo. En este sentido, cada día de partido es una reválida para los «ultras» porque, entre otras cosas, permite ver el ánimo incansable que consiguen transmitir al equipo en todo momento mediante la puesta en marcha de una serie de coreografías, que son la parte visible y espectacular de su esfuerzo por defender los colores de sus clubes. Estas coreografías han sido preparada por los «ultras» para ese concreto partido, y las desplegarán desde el inicio mismo del encuentro hasta su conclusión. Los «ultras» se inclinan por dos tendencias coreográficas complementarias: si el modelo inglés refleja fuerza, unidad y alto número de «ultras» presentes en el fondo, el modelo italiano indica organización y cohesión de grupo.

### 1. *Coreografía o «tifo». Tendencias anglófila e italianófila*

La *coreografía anglófila* depende de la marcha del encuentro y varía muchas veces a lo largo del mismo. Es una manifestación espontánea, que transmite a los jugadores el estado de ánimo de los seguidores: alegría con la victoria, apoyo constante si ésta es posible o silencio cuando la derrota es inevitable. También puede reflejar el aburrimiento de los hinchas ante la fases de juego insulso cuando éstos se abalanzan unos sobre otros, retienen el balón que cae en el fondo, combinándose entre ellos, saludan coralmente el resto de los aficionados («¡Hola fondo norte!»), o les invitan a seguirles el juego («Que bote el lateral»). Los cánticos que se entonan a lo largo del partido dependen de la marcha del mismo, y reflejan la confianza en las propias fuerzas, sirven para humillar al contrario, o animar sin desmayo si se va perdiendo. En este último caso, más que largas canciones son consignas conminativas («Ma-drid, Ma-drid»). Los grupos hacen también manifestaciones con bufandas, que se tensan sobre la cabeza y seguidamente se voltean, acompañando a las canciones entonadas. Existe la posibilidad de repetir este repertorio en cualquier momento del partido: si las cosas van bien o mal, en los minutos finales para celebrar anticipadamente la victoria, o en el tiempo de espera mientras se inicia/reanuda el partido.

La *coreografía italianófila* es un espectáculo para ser visto desde el resto del graderío del estadio, desde el campo, e incluso a través de la televisión. Su objetivo es el de intimidar a los jugadores rivales y demostrar la propia fuerza al equipo de casa, pero también indicar al resto de grupos «ultras» su poderío y capacidad de innovación. Existe la posibilidad de inmortalizar este espectáculo mediante fotografías que luego venderán los «ultras», y que serán las mejor prueba del «tifo» realizado, del número de «ultras» que en él participó, etc. La

coreografía a la italiana se despliega al inicio de cada tiempo, generalmente al comienzo del primero, porque requiere cierta preparación: colocación del material que será empleado, posición que ocuparán los «ultras» no implicados directamente en el espectáculo durante el mismo, etc. Esta preparación sobre el terreno se extiende a los días anteriores al partido cuando se trata de desplegar una bandera gigante: los «ultras» acuden durante la semana al estadio vacío para realizar ensayos, calcular distancias y observar el efecto desde las gradas altas. Varias son las manifestaciones de masa a la italiana («bosque de banderas», «lluvia de papel», «infierno», etc.), pero sin duda la más popular entre los «ultras» es el «muro de fuego», hecha a base de bengalas, ya que llama la atención más que ninguna otra, e implica que aquel que porta la bengala reúne ciertas características. Como, en el mejor de los casos, suele haber una bengala por cada diez «ultras», el encargado de repartirlas tendrá en cuenta, a la hora de elegir a los candidatos, el status social del «ultra» en cuestión —que sea socio del grupo, que acuda habitualmente al fondo— pero también su estado físico (encender una bengala requiere cierta habilidad, y un hincha demasiado borracho podría, por ejemplo, quemar las pancartas) y su sentido de la responsabilidad —que no la arroje al césped—. Entonces, encender una bengala y participar directamente en el «tifo» viene ser una especie de premio, un reconocimiento de la institución hacia el «ultra».

A pesar de que el «tifo» de los grupos españoles se ha acercado en los últimos años a posiciones italianas, son aún muchos los partidarios del estilo inglés. Para un miembro de las Brigadas Blanquiazules (R.C.D. Español), grupo en el que la presencia de «skinheads» anglófilos es mayoritaria, «un buen «tifo» es cantidad de humo, multitud de bufandas, cantar durante todo el partido, joder al equipo contrario y «pillar» miembros de su peña ultra». Sin embargo, la tendencia italianófila es la constante entre los grupos españoles: para un integrante destacado del mejor grupo durante la temporada 1990-91, Yomus, «el «tifo» es la voz de la grada, la respuesta inconformista y radical, pero además la demostración palpable del sentimiento y personalidad de los jóvenes hinchas, su forma de enseñar al resto de los aficionados lo que supone amar y seguir una institución». Las coreografías originales tiñen la grada de espectáculo y simbolismo local, y sirven de nexo de unión entre la grada y el equipo. Un espectáculo «trabajado» demuestra fortaleza, organización y grandeza. También colabora a que muchos que no son «ultras» ayuden a desplegar el «tifo» (han llegado a participar hasta 6.000—7.000 personas) y se conviertan de esta forma en simpatizantes que compran el material o aplauden sus iniciativas.

## 2 El coreo

Junto a las demostraciones físicas, forman parte del ritual las lingüísticas. Todo lenguaje es estrictamente dependiente del contexto que lo genera y difícilmente puede ser empleado en un contexto más amplio. Pero particularmente el usado en estos rituales adquiere tintes de «lenguaje privado», incomprensible a quien no pertenece al grupo, porque está hecho de frases tradicionales, palabras en jerga, giros, canciones y «slogans». Según la tipología de estos últimos, pueden manifestar hostilidad y ser insultantes cuando están dirigidos a los adversarios, mientras que muestran fidelidad y elogio cuando se dedican a los «héroes».

Con motivo de importantes partidos, o en finales celebradas en campo neutral, cada uno de los dos grupos «ultras» en litigio se sitúa en un fondo distinto del estadio, desde el que rivaliza no solo en «tifo», sino también en cánticos, con el grupo contrario. Esta interacción entre grupos opuestos que se produce gracias al «coreo» es típica de los campos de fútbol británicos: en la «batalla de coreos» que se entabla, cada bando intenta superar al otro, entonando himnos o consignas que en ocasiones alcanzan el número de 200 distintos por temporada —los «supporters» más leales y los que han sido aceptados por el grupo los conocen todos. Comúnmente se considera que el entonar cánticos por parte del público acerca éste a los jugadores y transmite mejor su ánimo que la otra manifestación inglesa —bufandas— porque los jugadores lo sienten sin necesidad de elevar la vista hacia las gradas. Por eso se aprovecha tanto para cantar en contra de los rivales e intimidarles como para loar a su propio equipo. La manifestación coral fue uno de los aspectos del estilo inglés recogido por los «ultras» españoles que aprovecharon tonadillas populares conocidas por todos, para elaborar cánticos de alabanza, ánimo o desprecio. Este esquema se introdujo forzosamente en unas gradas más acostumbradas a la repetición rítmica de consignas, insultos o frases hechas, que a cantar y, por tanto, saberse de memoria, canciones de varias estrofas (un cabecilla de Ultras Sur reconoció no poder cantar durante la mayor parte del encuentro por este motivo). El repertorio de cánticos en España es, en consecuencia, escaso, y se aprende en la grada, aunque a veces se reparten octavillas antes del partido con los coros que se cantarán y los gestos que les acompañarán durante el mismo, al estilo italiano. Se cuidan aspectos como la originalidad de los cánticos y capacidad de improvisación de otros nuevos en respuesta a los cantados por el bando contrario. Últimamente, se realizan grabaciones en las que se recoge el sonido ambiente y los cánticos, que después se venden a los «ultras». En los estadios españoles el ritmo se lleva con un objeto de percusión que maneja un «ultra» experimentado en estas lides, junto al cual

se sitúa el «jefe de coreo» que, megáfono en mano y de espaldas al campo de juego —por tanto, de cara a la grada— marca el cántico que entonar.

Tomemos como ejemplo los cánticos entonados por el grupo Ultras Sur, que se dividen entre los que buscan la intimidación del contrario por medio de la burla o la descalificación, y aquellos positivos que se dirigen al club y sus jugadores. Entre estos últimos se citan:

«Adelante mágico Real  
vence a todos y sé campeón  
tus victorias son nuestras fuerzas  
te llevamos en el corazón.  
Adelante mágico Real  
vence por nosotros  
ya lo sabes, vivimos por ti...».

A los jugadores del club se les puede ensalzar individualmente, pero lo habitual es que mediante los cánticos se refieran a ellos colectivamente:

«Adelante juntos muchachos  
todos unidos por el Madrid  
por las victorias que siempre nos dais  
alé, alé, alé»

dejando para las consignas la repetición rítmica del nombre de aquel que haya hecho una buena jugada, haya logrado un gol o sea silbado —a su juicio, injustamente— por el resto del público («Hu-gol, Hu-gol», «Mi-chel, Mi-chel»).

Las consignas son, pues, simples frases, palabras o nombres que se repiten, pero que encierran gran significado, y que se entonan con distinto ritmo, dependiendo de su longitud. Mediante ellas, se persiguen varios objetivos: algunas consignas son recordativas de hechos pasados, y tienen como finalidad aumentar el rendimiento y la moral de su equipo en un momento difícil, mediante la rememoración de viejas gestas («Anderlecht, Anderlecht»). El objetivo de la consigna es también el de minar la moral del contrario (al Barcelona se le recuerda la final perdida ante el Steaua de Copa de Europa 1986 celebrada en Sevilla con gritos de «Steaua, Steaua» o «Sevilla, Sevilla»). Cuando al Bernabéu acude un número significativo de seguidores contrarios con el fin de animar a su equipo, para lo cual entonan alguna canción o corean su nombre, los «ultrasur» les recuerdan su condición mediante la mofa (en un partido contra el Burgos se grita a sus seguidores «Paletos, paletos» o «Pucela, Pucela», recordando a su rival regional). Las consignas insultantes se dirigen especialmente contra el máximo rival («Puto Barça, joo!»). A determinados jugadores se les reserva un tratamiento especial, siendo el portero el más perseguido, por su condición de último obstáculo a batir: su posición estática permite que sobre él hagan diana distintos

proyectiles —rollos de papel, restos de bengalas, pero también naranjas, botes o piedras—, y recibe asimismo ataques dialécticos: desde el primer minuto del partido, se acompañan los saques de fondo del portero contrario con una música «in crescendo» hasta que toca el balón y suena un insulto: «Eeeee, cabrón».

Aquellas consignas muy repetidas a lo largo del partido se acompañan de gestos rituales, lo que hace que varíe su sentido. El equipo será animado durante la mayor parte del encuentro con la simple repetición de su nombre: antes del comienzo del partido o en los momentos finales del mismo, cuando la victoria está asegurada, los «ultras» despliegan sus bufandas y cantan «Maadrid, Maadrid», mientras que durante el encuentro, junto al aplauso rítmico que conmina a proseguir sin desmayo se impone decir «Ma-drid, Ma-drid».

## La carrera moral

Harrè entiende por «carrera moral» (1982,324 y ss) la historia social de una persona respecto a las actitudes de respeto y desprecio que otros tienen para con él, y de su comprensión de estas actitudes. Las actitudes se realizan y representan en las formas institucionalizadas y ritualizadas en las que el respeto y el desprecio se prueban y satisfacen en determinadas sociedades. En sociedades coherentes y bien formadas, donde las instituciones y teorías compartidas son fuertes, los escenarios en los que tendrá lugar esta carrera moral serán escenarios institucionales.

Pero en sociedades más abiertas, en las que las concepciones de una vida bien ordenadas son muy diversas, se produce la construcción libre de instituciones de carreras morales no oficiales —sociedades alternativas. Es el caso de la afición futbolística, pues son los propios agentes los que crean una institución en la cual se señala la entrada mediante rituales de despersonalización: por ejemplo, mediante la adopción de una vestimenta común, y en no pocas ocasiones pérdida del nombre en beneficio de un mote o alias. Se dan, además, otras disposiciones complementarias, como son el sistema de azares en el que se puede ganar o perder reputación —rituales de «aggro»—, y un sistema secuencial de lugares sociales donde, al ser ocupados por un individuo, éste recibe las señales de deferencia que le son debidas por un paso afortunado a través de los azares (por ejemplo, posibilidad de que los que ocupan la cumbre de la jerarquía prescindan de la vestimenta que caracteriza al grupo). Tal institución es construida por la costumbre, preservada por la tradición y mantenida frente a la hostilidad de la sociedad circundante.

Este esquema diseñado por autores ingleses (Harrè, Marsh) para el caso de

los «supporters» británicos, mantiene algunas diferencias con el caso de los «ultras» españoles. Veamos los aspectos coincidentes y sus particularidades, siguiendo la línea trazada en párrafos anteriores.

### 1. *Rituales de despersonalización*

*Vestimenta.* Los «ultras» forman un grupo perfectamente estructurado con vestimentas rígidamente convencionales. Marsh ha estudiado las combinaciones de vestimentas de los hinchas, en virtud de las cuales los «fans» pueden catalogarse en distintas escalas: el «fan duro» se adorna con toda clase de ornamentos, es el más leal, mientras que el que solo va a los partidos importantes es el «fan desleal», el más blando de todos y el que menos colores endosa. Los «ultras» españoles visten camisetas del grupo —con diseños realizados por ellos mismos— o las oficiales del club, se tocan con gorros e incluso cascos de obra (frecuentes entre los «ultras» italianos a principios de los 80) con los colores del equipo, se anudan alrededor del cuello pañuelos y banderas, y cosen en sus cazadoras el escudo del club o el emblema del grupo. Pero, sin duda, la más importante pieza de su vestuario es la bufanda.

Hacia la década de 1950 comenzaron a venderse en los estadios españoles las primeras bufandas con los colores de los equipos. Estas tenían como objetivo inicial proteger del frío al espectador, pero hoy se han convertido en un elemento imprescindible en la vestimenta de los aficionados al fútbol. A diferencia de otros objetos creados para el hincha —gorro, bandera, trompeta, camiseta, etc.— la bufanda se lleva con independencia de edad o condición, y se deja ver en cualquier zona del campo —tribuna, fondo—: identifica al aficionado como seguidor de un determinado equipo, y le recuerda su pertenencia a la «tribu» cuando el partido ha terminado y se aleja del estadio. Lo que distingue al público de los «ultras» es el uso y colocación de la bufanda. Para los seguidores sirve aún de protección ante las inclemencias del tiempo y por eso llevan la bufanda alrededor del cuello. Pero los «ultras» elaboran repertorios con ella: en el fondo del campo se ven cientos de bufandas tensadas sobre las cabezas de los que lo ocupan, o bien volteadas. Por ello, el «ultra» lleva la bufanda atada en la muñeca, y no en el cuello, excepto cuando trata de impedir ser identificado por cámaras, Policía o «ultras» contrarios.

La importancia de la bufanda para el «ultra» es tal que es el «trofeo de caza» más preciado: cuando el partido termina y a la salida del estadio se mezclan los seguidores de uno y otro equipo, el «ultra» quiere dejar constancia de su presencia en ese encuentro, celebrado bien en casa o bien en campo contrario, en caso de desplazamiento, mediante la consecución de un «trofeo». En ocasiones esta

«caza» reviste un carácter grupal, y entonces se busca arrebatar pancartas y otros objetos colectivos al grupo rival. Pero cuando se «caza» a título particular, los «ultras» optan por hacerse con las bufandas de los seguidores rivales. Dado que el «ultra» obtiene generalmente una bufanda tras un forcejeo más o menos violento con el hincha perjudicado, hace un alarde posterior de tal prenda y la exhibe ante los demás, en un intento del «ultra» por ganar prestigio ante el grupo. Los miembros de aquellos grupos que poseen un local de reunión llevan a cabo esta exhibición en el mismo, colocando las bufandas por ellos conquistadas en la pared, junto a las aportadas por otros «ultras». Pero la carencia de un local propio por parte de algunos grupos acarrea que esta exhibición tenga que realizarse en el fondo del campo. Es el caso del grupo Ultras Sur, de manera que el fondo sur de su estadio se ve poblado de bufandas que nada tienen que ver con su equipo o con su grupo. Los «ultrasur» más veteranos advierten de la necesidad de unificar criterios respecto a esta cuestión, y consideran que entre todos deben velar «por la pureza del fondo sur, para que no haya bufandas de otros equipos». Recuerdan, asimismo, que las bufandas que se lleven al estadio deberán ser las del club o del grupo (éste elabora las propias tomando como base los colores y emblemas del equipo, pero añadiendo lemas «ultras» como «Vivimos por tí, vence por nosotros»), pero no de otros equipos porque, a su juicio, ofrecen un espectáculo lamentable. Un «ultrasur» comenta que muchos acuden al estadio con bufandas de equipos que no han pasado por el Bernabéu (especialmente italianos y británicos), de lo que se deduce que ni siquiera se trata de «trofeos» sino de adquisiciones o intercambios con otros «ultras». En último caso, se admite la posibilidad de llevar los recuerdos o «trofeos» cuando se trate de tales, siempre que se acompañen de la bufanda propia.

Cuando un «ultra» es miembro, además, de una tribu urbana, junto a los objetos propios del hincha llevará la vestimenta que caracteriza a esa tribu. Cuando alguna de estas tribus tiene un gran peso específico en el grupo, otros miembros de este optarán por llevar alguno de sus distintivos. Durante la etapa de dominio «heavy» —inicios de los 80— en los fondos de los estadios españoles se vestía más o menos uniformemente de negro y no estaba mal visto llevar pelo largo. Hoy, el predominio «skinhead» ha convertido en habitual la presencia de «ultras» con cazadoras «bomber», pelo muy corto y calzados con botas Doc Martens.

*Alias.* Los «ultras» se conocen entre ellos, pero generalmente no por su apellido o por sus verdaderos nombres de pila. Es muy frecuente que, al ingresar en el grupo, el nuevo «ultra» adopte un apodo o reciba de buen grado aquel que le ponen los demás. Este apodo puede hacer referencia a una característica física (Freddy «el Gordo», «Orejas»), profesional («el Profe») o personal (dada la

cantidad de objetos de este tipo que porta encima, un «punkie» recibe por nombre «el Imperdible»). En ocasiones, el alias dado es un apócope del nombre o apellido (Toni por Antonio, Ocha por Ochaita).

## 2. *El status de los «ultras»*

Pese a la aparente uniformidad de la masa del fútbol, en realidad ésta forma una compleja unidad social en la que se distinguen categorías que se reconocen entre ellas y ocupa cada una su papel en el estadio. Mediante los rituales de «aggro» se transforma el status social, por lo que hay que prestar atención a la estructura social en la que el status se define. Al analizar la estructura interna de los grupos se descubre que existen diferentes grados de implicación o pertenencia a los mismos. Los «ultras» comienzan su estancia en el grupo como «críos». Algunos de ellos pasarán más tarde el grado de «veteranos» —la mayor cota «ultra» que se puede alcanzar— pero por lo general se integrarán en la «mayoría», menos comprometida y exigente. Finalmente, abandonarán el grupo para integrarse en la afición normal o «viejos». Los que han acudido al grupo simplemente para servirse de él como pretexto para hacer amigos, sentirse importantes o llevar a cabo acciones violentas, dejarán también el mundo del fútbol cuando se acabe su vida «ultra».

Los «críos», sin importar su edad, aunque son fundamentalmente muy jóvenes —entre 14 y 18 años—, son «ultras» de nuevo ingreso. Se caracterizan a veces por su ingenuidad, pero casi siempre por tener una idea equivocada de lo que es ser «ultra»: todo vale, ser «ultra» es vociferar, beber o pegar, etc. Son despreciados por los «veteranos», aunque éstos reconocen que también ellos han sido así. En algunos estadios es posible ver dos o más grupos «ultras»: en ocasiones, el grupo de reciente creación ejerce la función de «cantera» del antiguo, de forma que sus miembros, tras pasar un período en el nuevo grupo que los veteranos del más antiguo denominan despreciativamente «light», período durante el cual los «críos» aprenden a ser «ultras», se integran en el grupo mayor.

Los aspirantes a «ultras» llegan al grupo amparados en el aspecto bullicioso que éste ofrece desde el resto del graderío, de forma que muchos socios jóvenes cambian sus abonos a la zona del fondo para estar junto a los «ultras». Una vez en el fondo, estos «novicios» (Morris, 237) observarán la conducta de los miembros aceptados y tratan de imitarles —coros, bufandas, vestimenta— siendo ésta una de las principales formas de incorporación al grupo. De igual modo sucede en las tribus urbanas: es probable que un joven entre a formar parte de una tribu por motivos de estética o diversión —miembro «de plástico»— pero

poco a poco irá asumiendo la ideología característica de la misma —socialización— hasta convertirse en un miembro auténtico —miembro «en serio»— y, por tanto, con cierto status entre sus colegas (Medrano).

En el segundo nivel se encuentra la «mayoría», formada por «duros» o «peleones» (Morris, 238) que han sido aceptados en el grupo y que han participado en rituales mediante los cuales se determina quien pertenece al grupo y las reglas que lo rigen. Esta «mayoría», de número fluctuante, no asiste necesariamente a todos los partidos —por ejemplo, no se desplaza a otras ciudades— ni se enfrenta al grupo rival o a la Policía, aunque posteriormente se vanaglorie de haber estado allí. Bajo el título de «¿Quién sobra en este fondo?», se comentaba en el «fanzine» de las Brigadas Azules que, del número creciente de personas que acuden al fondo del estadio Tartiere, sobran muchas que no saben lo que es un grupo «ultra»

«... y vienen al campo para presumir de lo que no pueden presumir en la calle. Creen que por llevar simplemente la bufanda del Oviedo o la del grupo son la de Dios. (...) hay que acabar con la gente que está siempre presente para presumir y contar movidas y que en los momentos chungos, cuando hay que dar la cara [desplazamientos a Gijón] nunca están»<sup>5</sup>.

Esta mayoría, definida por el cabecilla de un grupo como «los que se limitan a ir al campo», es un modo de pertenencia al grupo más débil pero su concurso es necesario para la existencia del grupo al que sostienen económicamente con sus aportaciones y físicamente con su presencia en la grada, colaborando en las coreografías que se «montan». Los «duros» ocupan la mayor parte del graderío, entonan los cánticos y visten de una determinada forma que les señala como «ultras» —bufanda, cazadora—. Tienen en común con los miembros del núcleo central que buscan la diversión a través del «barullo».

En todo grupo existe un núcleo violento que, a diferencia del anterior, tiene un concepto del «gamberrismo» y la «pelea» rayano en la delincuencia. Generalmente se compone de jóvenes ligados a tendencias políticas extremas y provocadores ocasionales u oportunistas que aprovechan la confusión que depara un grupo «ultra» para llevar a cabo sus fines personales, aunque otros son simples «gamberros» y «excéntricos» (Morris, 240). Es importante su concurso porque, al violarlas, subrayan la existencia de las reglas que subyacen a los rituales. Algunos de los miembros de este núcleo pertenecen al núcleo central, pero fundamentalmente forman parte de la «mayoría».

En la cumbre de la jerarquía, el núcleo central está compuesto por profundos conocedores de todos los avatares y datos de su club, seguidores incansables del equipo en sus desplazamientos, sobre los que recaen las tareas

5. En *Brigadas Azules*, año 3, nº 39, 9 Junio 1991, p. 5.

de organización del grupo en sus aspectos internos y externos: búsqueda de fuentes de financiación, edición del material o de las revistas o «fanzines», incorporación de coreografías innovadoras, y organización de viajes. Esta «vieja guardia» está integrada por los «veteranos» que, sin llevar quizá muchos años dentro del grupo, se caracterizan porque han aprendido lo que significa ser «ultra», han desarrollado un sentido de la amistad y el valor, se han curtido en «batallas», etc. Para muchos de ellos, el fondo de un estadio es el lugar donde aprender a comportarse y convivir en sociedad, aunque ésta sea una sociedad no oficial.

También en el fondo los «veteranos» pueden demostrar una fe y amor sin límites hacia un ideal, su club de fútbol, que sólo tiene significación como tal para ellos: viven por y para el equipo. Los «veteranos» se arrojan la defensa de unos colores y consideran esta defensa el objetivo prioritario de sus actividades, de ahí que los nombres de los grupos sean «brigada», «frente» o «comando». En consecuencia, los miembros del núcleo central dictan como habrán de comportarse no sólo el grueso del grupo, sino también el resto del estadio. Puesto que no pueden moldear, del modo como lo hacen con los «críos», el comportamiento de una afición sobre la que no tienen ascendiente alguno, los «veteranos» dirigen sus críticas contra los «tribuneros» o «viejos». Según un miembro de Riazor Blues (Deportivo de La Coruña), los «viejos» son «esos «tíos» que llegan tarde al fútbol porque tienen su sitio reservado, y se fuman su montecriste con su whisky, y se creen que tienen más derecho a pitar al equipo a la más mínima por el simple hecho de pagar una entrada más cara que la nuestra». Las reglas que valen para medirse violentamente a «ultras» rivales (peleas, «caza de trofeos», persecuciones) no pueden ser empleadas contra los «tribuneros». Entonces, hay que hacer uso de instrumentos revulsivos o provocadores como, por ejemplo, la táctica que emplea el Frente Atlético: «Cuando más disfrutamos es cuando los “viejos” nos rechistan por algunas de nuestras gamberradas. Entonces levantamos nuestras bufandas y cantamos: “Heysel, Heysel.”».

### **A modo de conclusión**

El deporte actúa como un delimitador cultural pues, por lo general, refleja los valores básicos del marco cultural en el que se desarrolla y por ello actúa como ritual cultural o como «transmisor de cultura» (Blanchard, 53). El esquema fundamental del mundo moderno es el de una civilización orientada hacia una moderación de las pasiones, una regulación técnica y una racionalización de los valores, lo cual mueve necesariamente al escepticismo hacia cualquier forma de

ceremonial tradicional, que es sustituido por el recién inventado ceremonial futbolístico. El deporte consigue hacer revivir a las masas algunos arquetipos arcaicos en una época como ésta, de modo que actúa como una «mitología pagana». Para Brohm, el número de personas que se concentra en acontecimientos deportivos, domingo a domingo, ofrece el «aspecto de reunión periódica y ritual (...) que llevaría a pensar que el deporte se ha convertido en la nueva religión de las multitudes industriales en un mundo sin religión» (Brohm, 251). Son rituales religiosos que conservan un aspecto propiciatorio—mágico del que también participan los espectadores, por medio de sonidos rítmicos, repetición de «slogans» y cierto clima de cruzada.

Como aficionados al fútbol, los jóvenes integrantes de grupos «ultras» observan una serie de rituales con motivo del partido. Pero, además, ejecutan otros rituales propios. Previa a la celebración del partido es la reunión de «ultras» en la «bodega», tras la cual se marcha en cortejo al estadio. Durante el encuentro deportivo, los «ultras» desarrollan otro «encuentro» o contienda incruenta en las gradas, que enfrenta a los grupos en litigio: así, despliegan el «tifo» preparado para la ocasión —«muro de fuego», «lluvia de papel», etc.— junto a movimientos de grupo convencionales que no exigen preparación previa —voltear y tensar bufandas, cánticos. Una vez finalizado el partido, el ritual prosigue fuera del campo: dependiendo del resultado y la importancia del mismo, en caso de victoria se celebra ésta multitudinariamente en algún punto concreto de la ciudad —plaza, fuente— mientras que en caso de derrota se provoca a la Policía, se decreta la «caza» al seguidor contrario o se despide a éste en una particular «manifestación de despedida» o carrera loca que hacen los locales con el fin de asustar a los visitantes que van hacia sus autocares o trenes.

Nadie está obligado a participar en estos rituales, pero es de buen tono hacerlo y resulta solidario, en el caso de aquellos rituales que requieren de la cooperación de todos (coreografías, cánticos), y «cobarde», en el caso de los rituales a la salida del encuentro, la no participación. Y todos intervienen, pero lo hacen sobre todo porque involucrarse en estos rituales, ejecutar los actos de riesgo del «aggro», vivir el «drama» social, incide directamente en la transformación del status social, ofreciendo a sus integrantes una carrera de honor en esta particular sociedad alternativa, proporcionándoles un espacio social en espera de su definitiva incorporación a la sociedad oficial o «adulta».

**BIBLIOGRAFÍA**

- Blanchard, K., Cheska, A.: *Antropología del deporte*. Barcelona, Bellaterra, 1986.
- Brohm, J.M.: *Sociología política del deporte*. México, F.C.E., 1982.
- Clarke, J.: «Football and working class fans: tradition and change». En Ingahm, R. (ed.): *Football Hooligan: the Wider Context*. Londres, Inter-Action Imprint, 1978, pp. 37-60. Citado por García Ferrando, M.: *Aspectos sociales del deporte. Una reflexión sociológica*. Madrid, Alianza-C.S.D., 1990, p. 227.
- Harrè, R.: *El ser social. Una teoría para la psicología social*. Madrid, Alianza, 1982.
- Harrè, R.: «El gamberrismo en el fútbol». En *Revista de Occidente*, nº 70, Marzo de 1987, pp. 55-78.
- Huizinga, J.: *Homo ludens. El juego como elemento de la historia*. Lisboa, Azar, 1943.
- Maffesoli, J.: «Tribus modernas». En *ABC*, 27 Diciembre 1990, p. 21.
- Marsh, P.: *Aggro. The ilusion of violence*. Londres, Dent, 1978.
- Medrano, M.: «Las tribus urbanas». En *Epoca*, nº 188, 10 Septiembre 1990, pp. 46-55.
- Morris, D.: *La tribù del calcio*. Milán, Mondadori, 1982.